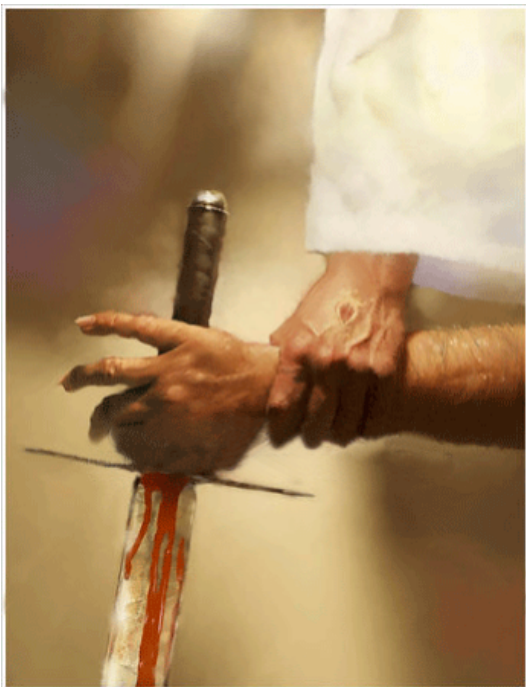


ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Paz a vosotros... ¡la paz es posible!

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 20, 19-31 (2º Domingo de Pascua del Ciclo B – 8 de abril de 2018)



Como es usual en la Semana Santa, algunas cadenas de televisión recurren a sus videotecas para desempolvar películas de temas religiosos como “Ben Hur”, “Los 10 Mandamientos”, “Jesús de Nazaret”, “Las sandalias del pescador”, “Resucitado” (esta no es antigua), “Juan XXIII, El Papa bueno”, etcétera. Esta última tuvo ocasión de verla en alguna Semana Santa reciente y me impactó mucho que el anhelo de construir la paz que tuvo el Papa Juan durante su pontificado sigue siendo, más de 50 años después, una tarea pendiente para la humanidad. Su preocupación, con diferentes protagonistas, sigue siendo la del Papa Francisco y la de muchos de nosotros pues asistimos a una las épocas que está acabando con más vidas de inocentes ya sea por conflictos bélicos,

raciales, identitarios o por las guerras del hambre: ¿Cómo no preocuparnos por la difícil situación en Siria y en Venezuela? ¿Cómo pasar de largo ante el desafío que tiene la consolidación de la paz en Colombia en las próximas elecciones? ¿Cómo no sentir dolor cuando parte de nuestros conciudadanos no ven en el corto plazo una solución satisfactoria para todos del proceso catalán? ¿Cómo hacer oídos sordos al conflicto social generado por la política de las pensiones para nuestros mayores?...

El saludo del resucitado, en el que quiero centrar esta reflexión, es **“Paz a vosotros”**. Más que el saludo habitual en la cultura hebrea, quiero sentirlo como la expresión del deseo de lo que él quiere suscitar con su presencia viva entre nosotros. Desde ahí, ¿qué podemos aportar las comunidades cristianas a la búsqueda de la paz?

Un punto de partida. En la enseñanza y en la vida de Jesús la paz ocupa un lugar destacado, su vida, de hecho, está enmarcada en dos anuncios de paz: los pastores que dormían al raso y soñaban el amanecer de la justicia son alentados por el anuncio del nacimiento de un Niño que traía consigo la paz a la tierra y, los discípulos del Maestro, en la hora de su partida, reciben como herencia espiritual el encargo de ser testigos de la paz: “mi paz os dejo, mi paz os doy”.

La paz, la que nace de un corazón nuevo y no de simples armisticios entre las partes en conflicto, es una consecuencia, en primer lugar, de la **presencia de Jesús y los valores del Reino** en la comunidad que hacen que, por encima de cualquier interés particular o nacional, se coloque la **dignidad de toda persona humana** y, en segundo lugar, de la transformación que la vida nueva, inaugurada en la Pascua, obra en los discípulos de Jesús. Las personas que han experimentado el paso del hombre viejo al hombre nuevo se sienten movidos a superar la lógica del odio, la muerte, la venganza y la destrucción para dar paso a una nueva civilización construida sobre los cimientos del amor, la verdad, la justicia y la paz.

El plus cristiano en un proceso de reconciliación y paz. Las sociedades que tras sufrir el horror de todo tipo de guerra buscan la concordia han diseñado un itinerario que, pasando por el esclarecimiento de la verdad, la aplicación de la justicia, la exigencia de la reparación y el esfuerzo por la no repetición, crea un clima propicio para tender puentes de reconciliación. Desde el Evangelio podemos agregar dos pasos más a este itinerario de la justicia transicional. No son fáciles de incluir, es más, son un desafío si tenemos en cuenta que muchos de nosotros hemos visto de cerca a quienes siembran violencia en cualquiera de sus manifestaciones.

El perdón. Más allá de la justicia, el cristiano está llamado a perdonar, es decir, a salir de sí mismo con un corazón misericordioso para decirle al agresor, **las veces que haga falta**, que es el tiempo de volver a empezar, de nacer de nuevo, de brindarse una nueva oportunidad para rehacer la vida aunque ésta surja de las cenizas y el dolor. ¡El Evangelio es exigente! El perdón, que no excluye la verdad y la justicia, es de una generosidad total. Las cicatrices solo son para recordarnos que hubo un pasado que nos generó dolor pero lo hemos superado o, por lo menos, queremos superarlo. El rencor, por el contrario, es una llaga abierta que mantenemos sangrante y no nos deja sanar del todo.

Crear. Jesús le dice a Tomás, “no seas incrédulo sino creyente”. Desde el trabajo por la paz estamos llamados a creer en la fuerza del Espíritu del resucitado que es capaz de cambiar los corazones de piedra por corazones de carne. Creer en el poder de la comunidad que junto a Jesús, el Príncipe de la Paz, es capaz de derribar los muros que separan a los hermanos: el odio, la injusticia, la exclusión, la violencia, etc. Creer en los otros, evitar la tentación de la desconfianza para que nos podamos sentar en la misma mesa a dialogar y diseñar un nuevo orden social. Esto requiere transparencia y honestidad. No nos cansemos de buscar la paz, de crear un clima favorable para conseguirla y no pongamos zancadillas a los esfuerzos de las personas que se trabajan por lograrla.

Somos llamados y enviados a ser constructores de paz.